

iba encapotando cada día mas, y la tormenta amenazaba principalmente por la parte de Mediodía: tanto que la Junta determinó retirarse de Sevilla, como antes se había retirado de Aranjuez, sin perjuicio de quedar por unos días en aquella ciudad algunos vocales para el despacho de los negocios urgentes, cuya resolución produjo para la misma Junta el mal efecto y los disgustos que veremos despues.

Y para que todo fuese adverso ó melancólico en esta segunda mitad del año que abarca este capítulo, en tanto que acá la nación hacia tan desesperados esfuerzos y tan heroicos sacrificios, y que los españoles vertían tan abundantemente su sangre por defender su independencia y devolver el trono y el cetro arrebatado á su legítimo monarca, Fernando desde Valencey, con una obcecación lamentable, nacida sin duda de la ignorancia de lo que por acá acontecia, felicitaba á Napoleón por sus triunfos, en términos que su conducta con el usurpador de su trono formaba un terrible y doloroso contraste con el heroísmo de la nación. Por fortuna aquella fatal correspondencia y aquella humilde actitud del príncipe con el tirano de su patria y de su familia no era conocida entonces en España (1), y la nación continuaba dispuesta á seguir sacrificándose por su libertad y por su rey. Suspendamos ahora estas tristes reflexiones, que ocasiones vendrán mas adelante de renovarlas, y de darles la explicación que pudieran tener.

CAPITULO IX

Invasión de Andalucía.—La Regencia

1810

(De enero á junio.)

Grandes refuerzos que reciben los ejércitos franceses.—Proyectos de Napoleón anunciados al senado.—Causas que le impiden volver á España.—Desacuerdos entre Napoleón y José.—Adóptase el plan de campaña de este.—Marcha á Andalucía con 80,000 veteranos.—Paso de Sierra-Morena.—Completa dispersión del ejército español en las Navas de Tolosa.—Inúndanse de franceses las dos Andalucías.—Apurada situación de la Junta Central en Sevilla.—Refugiase á la costa.—Comencion en Sevilla y sus causas.—Avanza Sebastiani por Jaén á Granada y Málaga: Víctor y Mortier por Andújar á Córdoba y Sevilla.—Diestra y oportuna evolución del duque de Alburquerque con su división.—Salva con ella al gobierno supremo.—Entra el mariscal Víctor en Sevilla.—Prosigue á la isla de León.—Detiéndole Alburquerque.—Insurrección y desórdenes en Málaga.—Nómbrase á Blake general en jefe del llamado ejército del centro.—Disuélvese la Suprema Junta Central.—Fórmase la Regencia del reino y se establece en la isla de León.—Manifiesto que publica.—Regentes.—Instrucción sobre convocatoria y celebración de las cortes.—Reglamento para la Regencia.—Juramentos de los regentes.—Espíritu del Consejo de Estado: consultas é informes notables.—Melancólico cuadro del estado de España al instalarse la Regencia.—La Junta de Cádiz.—Persecución contra los centrales y arresto de algunos.—Influencia del Consejo en la Regencia.—Suspéndese la reunión de cortes.—Organización de fuerzas marítimas y terrestres.—Bloquean los franceses la isla Gaditana.—Intiman la rendición á Cádiz.—Firmes y vigorosas respuestas de la ciudad y de los generales españoles.—Prudente plan de defensiva.—Auxilio de ingleses.—Obras de fortificación.—Ataques recíprocos.—Blake general en jefe de ambos ejércitos.—Nombramiento de generales, y planes de campaña para el resto de la Península.—Trasládase la Regencia á Cádiz.—Lo que hizo en todo este período.—El intruso rey José pasea como en triunfo las Andalucías.—Sus decretos de administración y gobierno.—Napoleón distribuye los ejércitos de España y dispone de esta nación como si fuese el soberano de ella.—Profundo disgusto y amargura del rey José.—Hondas disidencias entre los dos hermanos.—Proyectos de Napoleón sobre las provincias del Ebro.—José, lleno de pena, abandona la Andalucía y regresa á Madrid.

Nada se veía, al comenzar el año 1810, que diera esperanzas ni presentara síntomas de que pudiesen aclarar, ni menos

(1) Publicáronse varias de estas cartas en el Monitor de París, ó con el intento de comprometer á Fernando á la faz de Europa, ó con el de enfriar á los españoles en su defensa, ó con ambos, y aun otros fines. Por fortuna en España entonces eran muy contadas las personas que las leían, y aun estas lo atribuían á invención del gobierno francés. Costaba en efecto trabajo persuadirse de que fuesen auténticas. cartas como la siguiente:

«Señor.—El placer que he tenido viendo en los papeles públicos las

disiparse las negras nubes que encapotaban el horizonte de España. Por el contrario todo anunciaba que iban á condensarse mas. Ya en 27 de setiembre (1809) había prevenido Napoleón al ministro de la Guerra desde Schenbrunn que enviase á París las tropas que marchaban al Norte, como también las que existían en los depósitos, «pues me propongo, decía, hacer que todas ellas desfilen hacia España, para acabar pronto por aquel lado.» Firmada la paz de Viena (14 de octubre de 1809), y prosiguiendo en su propósito de terminar pronto la guerra de España, mandó dirigir hacia los Pirineos una considerable masa de fuerzas, que no bajaron de 100,000 soldados, y pensaba elevar á 150,000 (2), para reforzar á los 250,000 que operaban ya en la Península, para cuya conquista había creído antes que le bastaban menos de una docena de regimientos. A su regreso de Alemania á París anunció al senado que pensaba venir él mismo á terminar prontamente esta lucha que tanto contra sus cálculos se prolongaba.

Y habríalo acaso realizado, á no embarazarle y detenerle negocios graves y de trascendencia suma, á la vez domésticos y políticos. Pertenece á los primeros su famoso divorcio de la emperatriz Josefina, de antes pensado y verificado ahora (15 de diciembre, 1809), retirándose en su virtud aquella señora á la Malmaison con el título y honores de emperatriz coronada: divorcio hecho por razón de estado, con el propósito y fin de ver de asegurar la sucesión directa, y afirmar así su estirpe en el trono imperial, enlazándose con una princesa de las viejas dinastías de Europa. Puso pues primeramente sus puntos en la corte de Rusia, viniendo al fin á realizar su segundo matrimonio con la archiduquesa María Luisa, hija del emperador José II de Austria. Los sucesos dirán si de este enlace recogió el fruto que había entrado en sus designios y servido de móvil á resolución tan extraña, ruidosa y atrevida. Este y otros negocios graves impidieron su venida á España, pero las tropas fueron entrando.

Desacordes en muchas cosas los dos hermanos Napoleón y José, estábanlo también en el plan de la campaña que había de emprenderse. Napoleón, cuyo pensamiento, cuyo afán, y podríamos decir cuya perpetua pesadilla era destruir á los ingleses, quería que el grueso de las tropas se empleara con preferencia en perseguirlos hasta acabarlos, ó por lo menos hasta arrojarlos de España. Era el empeño, y como el capicho de José invadir primero y dominar las Andalucías. Esta vez Napoleón condescendió con los deseos de su hermano, calculando que si José penetraba en Andalucía con 70,000 veteranos reunidos cerca de Madrid, pronto se podrían destacar 30,000 de ellos para Portugal por la izquierda del Tajo, mientras por la derecha marcharía Massena con 60,000 hombres, de Ney y de Junot, 15,000 de la guardia, y además 10,000 jinetes, á cuya masa de fuerzas sería imposible á los ingleses resistir y forzados á embarcarse, podría ser esta la última campaña de la guerra española. Una vez consentido el plan de José, prescribióle el emperador la manera de ejecutarla, á saber: que llevara á la empresa los cuerpos 1.º, 4.º y 5.º mandados por Víctor, Sebastiani y Mortier, dejando el 2.º que guiaba Reynier junto al Tajo en observación de los ingleses; con

victorias con que la Providencia corona sucesivamente la augusta frente de V. M. I. y R., y el grande interés que tomamos mi hermano, mi tío y yo en la satisfacción de V. M. I. nos estimulan á felicitarle con el respeto, el amor, la sinceridad y reconocimiento en que vivimos bajo la protección de V. M. I. y R.

»Mi hermano y mi tío me encargan que ofrezca á V. M. su respetuoso homenaje, y se unen al que tiene el honor de ser con la mas alta y respetuosa consideración, señor, de V. M. I. y R. el mas humilde y mas obediente servidor.—FERNANDO.—Valencey, 6 de agosto de 1809.—Monitor del 5 de febrero de 1810.

(2) Esta cifra ni la inventamos nosotros, ni menos la exageramos. La tomamos de los historiadores franceses. «Segun se ha visto anteriormente, dice Thiers, había preparado (Napoleón) cerca de 120,000 hombres de refuerzo, y pensaba elevarlos á 150,000 contra España. Estos 150,000, todos en marcha, se habían reunido del modo siguiente.» Y expresa la procedencia y los puntos de reunión de los diferentes cuerpos.—Historia del Imperio, lib. XXXIX.—«Con estas fuerzas, dice dos páginas mas adelante, completaba la masa de mas de 400,000 hombres destinados á esta guerra devoradora.»

cuyos cuerpos, la reserva de Dessoles, los dragones y la guardia, reunía una masa de 80,000 hombres. Era mayor general y el verdadero caudillo de este ejército el mariscal Soult. Sebastiani con el 4.º cuerpo se dirigía por San Clemente y Villamanrique á penetrar por la izquierda de la garganta principal de Despeñaperros; Mortier con el 5.º marchaba por el camino real al puerto mismo de aquel nombre, y Víctor con el 1.º bajaría á la derecha por Almadén al Guadalquivir entre Bailen y Córdoba.

Con arreglo á este plan, y despues de haber hecho José grandes y muy costosos preparativos, salió de Madrid llevando consigo cuatro de sus ministros, doce consejeros de estado y mucha servidumbre. El 15 de enero (1810) llegó á la entrada de los desfiladeros de Sierra-Morena. Las fuerzas españolas que, como dijimos atrás, despues de la derrota y dispersión de Ocaña apenas se habían podido reunir en número de 25,000 hombres al abrigo de los numerosos pliegues de la cordillera, todavía al mando de Areizaga, repartidas en tres grupos principales, ocupaban tres puntos casi cara á cara de los escogidos por los franceses para la invasión, Almadén, Villamanrique y Despeñaperros. Una división destacada del ejército de Castilla á las órdenes de Alburquerque situada en las riberas del Guadiana, era la encargada de proteger á Zerain, y marchar en un caso á cubrir á Sevilla. Ya el día mismo que llegó José á las faldas de la Sierra, la división española de Almadén mandada por don Tomás de Zerain había tenido que replegarse acometida por el mariscal Víctor. El 20 de enero se dispusieron el 5.º cuerpo francés y la reserva á atacar el puerto del Rey y el de Despeñaperros, que el vulgo consideraba como un antemural inexpugnable. Y en verdad casi habría podido serlo, á haber practicado en él otras obras de defensa, y no que se reducian á varias cortaduras y minas, con algunas baterías, en los pasos mas peligrosos. Estaban allí apostadas, desde la venta de Cárdenas hasta Santa Elena, las divisiones de vanguardia, y 1.º, 3.º y 4.º, á las órdenes de Zayas, Lacy, Giron, y Gonzalez Castejon. La 2.ª á las de Vigodet se hallaba situada en Venta Nueva.

Atacado primeramente el puerto del Rey, los españoles que le defendían cedieron fácilmente y se dispersaron por las Navas de Tolosa, teatro en otros tiempos de uno de los hechos mas grandes y mas gloriosos de nuestra patria. Casi al mismo tiempo otra brigada francesa se encaramaba atrevidamente y penetraba por entre el puerto del Muradal y el de Despeñaperros, hasta colocarse á espaldas de los puestos y trincheras españolas. Con noticia de esto el mariscal Mortier abordó de frente la calzada de Despeñaperros, donde estaban las cortaduras y las minas; algunas de estas reventaron, pero hicieron poco estrago y no obstruyeron el camino; de modo que avanzando los franceses con resolución, y huyendo los nuestros de cumbre en cumbre, dejaron en poder de aquellos 15 cañones y bastantes prisioneros. En la tarde del 20 todo el ejército francés había franqueado aquellos desfiladeros formidables que se miraban como el inexpugnable mural que resguardaba la Andalucía. Todo fué desolación y lástima por parte de los nuestros. El general en jefe Areizaga, con algunos oficiales y grupos de soldados, no paró en su fuga hasta ponerse del otro lado del Guadalquivir. Las divisiones de Zerain y de Copons corrieron también: la de Vigodet, que durante algunas horas se había resistido vigorosamente en Venta Nueva y Venta Quemada, desordenóse por último y se desbandó, en términos que viéndose Vigodet casi solo, se encaminó á Jaén, donde encontró ya á Giron, á Lacy, y al mismo Areizaga, todos en situación no menos congojosa que la suya. Castejon había caído prisionero de Sebastiani, con bastantes soldados y oficiales. Los que se salvaron en la derecha de la Sierra y tiraron hacia Córdoba, no contemplándose ya seguros ni allí ni aun en Sevilla, no pensaron en menos que en refugiarse dentro de los muros de Cádiz.

Triunfantes y sin obstáculo que los detuviera los franceses, avanzaron progresivamente á la Carolina, á Bailen y á Andújar, sitios memorables, donde hacia año y medio habían recogido los nuestros tantos laureles que las desventuras de este día marchitaron, ya que secarse no pudieran nunca. Sucesivamente se fueron reuniendo José y sus generales en Andú-

jar, desde cuyo punto Dessoles con la reserva tiró hacia Baeza; Sebastiani prosiguió á Jaén, donde, espantados los nuestros, cogió los cañones y demás aprestos que había para formar un campo atrincherado (23 de enero); Víctor se encaminó á Córdoba, donde á muy poco le siguieron José, Soult y Mortier. Con general extrañeza, y con sorpresa del mismo José, fué este recibido con plácemes en aquella ciudad, y agasajado con fiestas públicas. Detuviéronse no obstante algunos días no mas allí y en sus alrededores, porque de Sevilla recibían noticias que les anunciaban una rendición inmediata. Con tal motivo José determinó hacer alto en Carmona, calculando que mejor que tomar la ciudad por la fuerza seria aguardar el resultado de las relaciones secretas que para su rendición habían entablado sus ministros O'Farril, Urquijo y Azanza con los amigos que en Sevilla tenían. El único cuerpo de nuestras tropas que se conservaba entero era la division del duque de Alburquerque, compuesta de 8,000 infantes y 600 caballos, que, como indicamos atrás, se trasladó por orden de la Junta de las orillas del Guadiana á las del Guadalquivir, cuyo río cruzó en las barcas de Cantillana: escasísima fuerza para proteger ella sola al gobierno; y aunque se mandó unirsele los restos de las divisiones Zerain y Copons, estos no pararon, los unos hasta el condado de Niebla, los otros hasta Cádiz.

La Junta Suprema que aun antes de verificarse la entrada de los franceses en Andalucía previó el gravísimo peligro en que iba á verse, había dado ya un decreto (13 de enero), anunciando que para el 1.º del mes próximo se hallaria reunida en la isla de León con objeto de arreglar la apertura de las cortes acordada para el mes siguiente, aunque quedando todavía en Sevilla algunos vocales para el despacho de los negocios mas precisos. Todo el mundo comprendió que esta medida, por legítimo que fuese el objeto con que se procuraba coonestarla, era solo hija de miedo; lo cual unido al poco prestigio de que gozaba ya la Central, previno mucho el espíritu del país en contra de los vocales. El Consejo se empeñaba también en acompañar á la Junta, no queriendo permanecer en Sevilla un solo día despues que aquella partiese, sobre lo cual hubo contestaciones largas y algo desabridas entre ambas corporaciones (1). Segun que fué arreciando la tormenta y estrechando el peligro, fueron saliendo de la ciudad los individuos del gobierno, unos de noche, de madrugada otros, verificándolo los últimos la mañana del 24. Los que hicieron su viaje por agua no sufrieron contratiempo alguno; no así los que caminaron por tierra. Encontraron estos los pueblos del tránsito conmovidos y alborotados, viéronse en inminente riesgo las vidas de algunos, entre ellos el presidente que era de la Junta, arzobispo de Laodicea, y el marqués de Astorga que lo había sido, salvándose en Jerez como por milagro.

Del espíritu de sedición y de enemiga contra los centrales que dominaba dentro de la misma Sevilla, y á cuya instigación ó influjo se atribuían también los atentados de fuera, dió testimonio el alboroto que en el mismo día 24 se movió en la ciudad no bien había acabado de salir el gobierno supremo. Aunque á la Central se le había dado conocimiento de que los principales promovedores de aquellos manejos eran los presos Palafox y Montijo, en la turbación de aquellos momentos quedóse sin ejecución la orden que había dado de sacarlos de Sevilla. A favor del motín popular salieron de la prison, y fueron agregados á la Junta, que de provincial que era, se erigió á sí misma en Suprema nacional. Se nombró presidente de ella á don Francisco Saavedra, y se formó de entre sus individuos una junta militar, en que entraron los generales Eguía y Romana, y fué la que en aquellos días ejerció el verdadero, aunque efímero poder. Aquel mismo día nombró general en jefe del ejército de la izquierda al marqués de la Romana en reemplazo del duque del Parque, y dió á don Joaquín Blake el mando del que todavía se llamaba ejército del centro, aunque en realidad ya no existía, quedando de segundo suyo Areizaga. En vano intentó la nueva junta alentar á los sevillanos á la defensa de sus hogares: la ciudad no

(1) Tenemos á la vista copias de todas estas comunicaciones, en que se ve la poca armonía y el mutuo recelo con que estos dos cuerpos se trataban.